

Atón hizo parpadear sus diminutos ojos hundidos en sus pronunciadas ojeras, y luego los alzó del tablero de bao que se extendía entre nosotros. Desplazó la mirada hacia las dos jóvenes princesas de la casa real de Tamose, que se entretenían jugando en las aguas cristalinas de la laguna.

—Ya no son niñas —dijo distraídamente, sin rastro de un interés lascivo en el tema.

Estábamos sentados cara a cara debajo de una terraza abierta con techo de hojas de palma junto a una de las lagunas de los remansos del gran río Nilo.

Sabía que su alusión a esas muchachas era un intento de distraer mi atención de su siguiente jugada con las piedras bao. A Atón no le gusta perder, y por eso no es muy escrupuloso sobre el modo en que obtiene la victoria.

Atón siempre ha figurado en un lugar muy alto en mi lista de amigos más antiguos y queridos. Al igual que yo, él es un eunuco y en su día fue un esclavo. Durante su etapa de esclavitud, y mucho antes de que alcanzara la pubertad, su amo lo eligió por su intelecto excepcional y sus agudas facultades mentales. Quería alimentar y concentrar estos dones; y deseaba evitar que acabaran disipándose por las distracciones de su libido. Atón era un bien sumamente valioso y por eso su amo llamó al médico de más renombre de Egipto para llevar a cabo la castración. Su amo murió hace muchos años, pero Atón se ha erigido por encima de su

condición de esclavo. En la actualidad es chambelán del palacio real del faraón en Tebas, pero también es un experto en espionaje que gestiona una red de informadores y agentes clandestinos por todo el mundo civilizado. Sólo existe una organización que supere a la suya, y es la mía. En este tema, como en casi todas las cosas, mantenemos una competencia amistosa y no hay nada que nos cause mayor placer y satisfacción que marcar un punto sobre el otro.

Disfruto inmensamente de su compañía. Me divierte y a menudo me sorprende con sus buenos consejos y perspicacia. De vez en cuando pone a prueba mis habilidades con el tablero de bao. Suele ser generoso con sus halagos. Pero, sobre todo, pone a prueba mi propia genialidad.

Ahora nos estábamos fijando en Bekatha, la más joven de las princesas reales en casi dos años, aunque era un dato que no podría advertirse a simple vista, puesto que era alta para su edad y sus pechos ya habían empezado a hincharse. En las frías aguas de la laguna, sus pezones sobresalían alegremente. Era liviana, ágil y de risa fácil. Además, era de temperamento voluble. Tenía las facciones regias bien marcadas, una nariz estrecha y recta, una mandíbula recia y redondeada y unos labios delicadamente arqueados. Lucía una espesa cabellera que bajo la luz del sol parpadeaba con destellos de cobre. Había heredado este rasgo de su padre. Aunque todavía no había conocido la flor roja de la feminidad, sabía que no tardaría en hacerlo.

La amo, pero a decir verdad, amo un poco más a su hermana mayor.

Tehuti era la mayor y más hermosa de las dos hermanas. Cuando la miro tengo la sensación de estar viendo de nuevo a su madre. La reina Lostris había sido el gran y único amor de mi vida. Sí, la había amado como un hombre ama a una mujer. A diferencia de mi amigo Atón, me castraron después de haber alcanzado la madurez plena como hombre y llegué a conocer el placer del cuerpo de una mujer. Bien es cierto que mi amor por la reina Lostris nun-

ca fue consumado porque me castraron antes de que ella naciera, pero fue el más intenso porque nunca logró satisfacerse. Había cuidado de ella cuando era una niña, y la acompañé en su larga y dichosa vida, aconsejándola y guiándola, dándole todo por ella sin rechistar. Al final, la sostuve entre mis brazos cuando murió.

Antes de descender al inframundo, Lostris me susurró algo al oído que nunca olvidaré: «Sólo he amado a dos hombres en mi vida. Tú, Taita, eres uno de ellos».

Fueron las palabras más dulces que jamás he oído pronunciar.

Planifiqué y supervisé la construcción de su sepulcro real y enterré su cuerpo corrupto que tan hermoso había sido. Deseaba adentrarme con ella en el inframundo. Sin embargo, sabía que eso no era posible, ya que tenía que quedarme para ocuparme de sus hijas del mismo modo que cuidé de ella. En realidad no ha sido una carga muy pesada, porque mi vida se ha enriquecido con esta sagrada carga.

A los dieciséis años de edad, Tehuti ya era una mujer hecha y derecha. Tenía una piel radiante y sin manchas. Sus brazos y piernas eran esbeltos y elegantes como los de una bailarina, o como los miembros del gran arco de guerra de su padre que yo mismo había tallado, y que coloqué sobre la tapa de su sarcófago antes de sellar su tumba.

Tehuti tenía caderas anchas pero una cintura estrecha como el cuello de una jarra de vino. Sus pechos eran redondeados y recios. Los densos rizos dorados que cubrían su cabeza lucían con todo su esplendor. Sus ojos presentaban el mismo verdor que los de su madre. Su encanto no tenía límites; y cuando me dedicaba una sonrisa se me encogía el corazón. Era de carácter afable, le costaba enfadarse, pero era resuelta e imperturbable cuando la provocaban.

La amo casi tanto como amo a su madre.

–Has hecho un buen trabajo con ellas, Taita –Atón no escatimaba en elogios. Son los tesoros que todavía pueden salvar a nuestro Egipto de la barbarie.

En esto, al igual que en otras muchas cosas, Atón y yo estábamos plenamente de acuerdo. Ésta fue la verdadera razón por la cual ambos habíamos llegado a este lugar lejano y aislado del mundo; aunque todos los demás en el palacio, incluido el propio faraón, estaban convencidos de que habíamos coincidido aquí para seguir con nuestra eterna rivalidad en el tablero de bao.

No respondí de inmediato a su comentario, pero bajé la mirada hacia el tablero. Atón había completado su última jugada mientras yo seguía observando a las muchachas. Era el jugador más hábil de este juego sublime de Egipto, que era igual que decir «en todo el mundo civilizado». Sin contarme a mí, por supuesto. Por lo general puedo superarlo en tres de cada cuatro partidas.

En ese momento, y de un vistazo, me di cuenta de que esta partida sería una de las tres ganadoras. Su último movimiento había sido insensato. La distribución de sus piedras estaba desequilibrada. Era uno de los pocos defectos en su juego; a menudo, cuando se convencía a sí mismo de que tenía la victoria a su alcance, bajaba la guardia y pasaba por alto la regla de las siete piedras. Luego tendía a concentrar su ataque a partir de su castillo sur y me permitía asumir el control de su flanco este u oeste. Esta vez fue el este. No necesité una segunda invitación. Me abalancé como una cobra.

Él se echó atrás sentado en su taburete mientras evaluaba mi jugada sorpresa, y cuando al fin se percató de mi golpe de genialidad, su rostro se oscureció de rabia y su tono de voz se volvió entrecortado.

—Creo que te odio, Taita. Y si no lo hago, entonces debería hacerlo.

—Tuve suerte, viejo amigo —dije, tratando de no complacerme en la victoria—. En cualquier caso, se trata sólo de un juego.

Hinchó las mejillas en un gesto de indignación.

—De todos los comentarios inútiles que te he oído decir, Taita, éste es el más burdo. No se trata de un juego. Es la verdadera esencia de la vida.

Estaba realmente enfadado.

Busqué la jarra de vino de cobre que estaba debajo de la mesa y volví a llenar su vaso. Era un vino estupendo, el mejor de todo Egipto, y lo había sacado directamente de las bodegas del palacio del faraón. Atón volvió a hinchar sus mejillas y trató de alimentar su ira y su instinto de confrontación, pero sus dedos rechonchos asieron en un acto reflejo el asa de su vaso y se lo acercó a los labios. Tomó dos sorbos, y cerró los ojos de placer. Cuando bajó el recipiente, suspiró.

–Tal vez tengas razón, Taita. Existen otras buenas razones para vivir. –Empezó a guardar las piedras bao en sus bolsas de piel con cordón–. Dime, ¿qué noticias tienes del norte? Sorpréndeme una vez más con el alcance de tu inteligencia.

Al fin nos estábamos acercando al verdadero propósito de este encuentro. El peligro siempre venía del norte.

Hacía más de cien años que el poderoso Egipto estaba dividido por la traición y la rebelión. El Aspirante Rojo al Trono, el falso faraón –no pronuncio a propósito su nombre; maldito sea toda la eternidad–, este traidor se rebeló contra el verdadero faraón y conquistó todo el territorio del norte de Asiut. El corazón de Egipto se sumergió en un siglo de guerra civil.

Cuando, a su vez, el heredero del Aspirante Rojo quedó superado por una tribu salvaje y guerrera que surgió de los confines septentrionales más allá del Sinaí, estos bárbaros arrasaron Egipto y lo conquistaron con unas armas de las que no se tenía ningún conocimiento: el caballo y el barro. Cuando hubieron derrotado al Aspirante Rojo y sitiado la región del norte de Egipto, desde el mar Mediterráneo a Asiut, estos hicsos nos atacaron por el sur.

Los verdaderos egipcios no tenían defensas contra ellos. Nos expulsaron de nuestra tierra, y nos vimos obligados a retirarnos hacia el sur más allá de las Cataratas del Nilo en Elefantina y del desierto del fin del mundo. Percimos en estos lugares mientras mi ama, la reina Lostris, reconstruía nuestro ejército.

La parte que desempeñé en esta regeneración no fue en absoluto insignificante. No soy dado a la fanfarronería; sin embargo, en este caso puedo afirmar sin temor a equivocarme que sin mi orientación y consejo, mi ama y su hijo, el Príncipe de la Corona Memnón, que en la actualidad es el faraón Tamose, nunca habrían alcanzado su propósito.

Entre mis otros numerosos servicios para ella, construí los primeros carros con ruedas radiales que eran más ligeras y rápidas que las de los hicsos, que sólo tenían ruedas sólidas de madera. Luego encontré los caballos para tirar de ellas. Cuando estuvimos a punto, el faraón Tamose, que ya era un hombre hecho y derecho, condujo a nuestro nuevo ejército por las cataratas y se adentró en el norte de Egipto.

El líder de los invasores hicsos se hacía llamar rey Salitis, pero no era ningún rey en absoluto. Era como mucho un simple barón de pacotilla y un forajido. Sin embargo, el ejército que comandaba seguía superando a los egipcios en una proporción de dos por uno, y además iba bien equipado e intimidaba.

Pero los pillamos despistados y, en Tebas, libramos una larga batalla con ellos. Destrozamos sus carros y matamos a sus hombres. Se dispersaron en desbandada y retrocedieron hacia el norte. Dejaron diez mil cadáveres y dos mil carros rotos sobre el campo de batalla.

No obstante, causaron graves daños a nuestras valientes tropas, así que no pudimos seguirlos ni acabar de aplastarlos. Desde entonces los hicsos han estado escondidos en el delta del Nilo.

El rey Salitis, ese viejo saqueador, ha muerto. No murió en el campo de batalla por una estocada de un buen espadachín egipcio, que hubiera sido lo propio. Murió de anciano en su lecho, rodeado de una hueste de sus repugnantes esposas y su espantosa prole. Entre ellos estaba Beón, su primogénito. Ahora este tal Beón se hace llamar rey Beón, faraón de los Reinos Superior e Inferior de Egipto. Lo cierto es que no es más que un asesino filibustero, peor incluso que su malvado padre. Mis espías me in-

forman a menudo de que Beón va reconstruyendo poco a poco el ejército de los hicsos, que nosotros mismos herimos de gravedad en la batalla de Tebas.

Son noticias perturbadoras porque estamos teniendo muchas dificultades para abastecernos de materias primas para compensar las pérdidas que registramos en esa misma batalla. Nuestro reino del sur –que no tiene acceso al mar– queda aislado del gran Mediterráneo y del comercio con otras naciones civilizadas y ciudades estado del mundo, que poseen pieles, madera, cobre, antimonio, hojalata, y otros utensilios de la guerra de los que carecemos. También vamos cortos de mano de obra. Necesitamos aliados.

Por otro lado nuestros enemigos, los hicsos, tienen puertos avanzados en el delta donde el Nilo se adentra en el Mediterráneo. El comercio fluye sin interrupciones. También sé por mis espías que los hicsos buscan forjar alianzas con otras naciones guerreras.

Atón y yo nos reuníamos en este lugar aislado para debatir y reflexionar sobre esta clase de problemas. La supervivencia de nuestro Egipto dependía del filo de un puñal. Atón y yo habíamos hablado de todo ello en profundidad, pero ahora estábamos dispuestos a tomar las últimas decisiones para plantear al faraón.

Las princesas reales tenían otros planes. Habían visto la jugada de Atón con las piedras de bao y lo tomaron como señal de que ahora podían tener toda mi atención. Vivo consagrado a ellas pero son muy exigentes. Salieron de la laguna salpicando agua por todas direcciones y echaron a correr para ver quién me alcanzaba primero. Bekatha es la pequeña, pero es muy rápida y resuelta. Hará casi todo lo posible para obtener lo que quiere. Derrotó a Tehuti por un palmo y se plantó sobre mi regazo, su piel estaba fría y húmeda por el agua.

–Te amo, *Tata* –gritó mientras pasaba sus brazos alrededor de mi cuello y apretaba su cabellera roja y empapada contra mi mejilla–. Cuéntanos una historia, *Tata*.